

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Alentado y desafiado -
1. y 2. Epístola de Pedro (parte 1)
(13 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

1.Pedro 1:1,2; Efesios 1:3-6

Elegido y escogido

Las epístolas de Pedro tratan varios temas, de los cuales queremos considerar una selección. Pedro hizo escribir la primera carta por la mano de Silvano (1.P. 5:12). La carta está dirigida a las comunidades cristianas de Asia Menor, las cuales, alrededor del año 60 d.C., tuvieron que sufrir por causa de su fe. El emperador Nerón gobernaba el Imperio Romano en aquel tiempo.

Elegir y escoger – elección y vocación – ¿qué significan estos términos referidos a personas? Ambos requieren una decisión y un llamamiento desde un lado ajeno. No puedo elegirme a mí mismo ni nombrarme a mí mismo.

Pedro vio su vocación de apóstol, evangelista, fundador y pastor en varios sucesos. En su primer encuentro, Jesús le dio a Simón, hijo de Juan, el nombre de Pedro (“roca”; Jn. 1:42). Mucho más tarde, Pedro conoció el significado y la misión de este nombre: Mt. 16:16-19. Aún como elegido y nombrado, Pedro fracasa (Mr. 14:66-72). Sin embargo, Jesús reconoce su elección y le encomienda de nuevo: “Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos” (Jn. 21:15-17). En su carta circular a las comunidades de Asia Menor, se llama apóstol (enviado) de Jesucristo. Como enviado, escribe por mandato de su Señor.

Pedro quiere abrir la perspectiva a los cristianos afligidos para que vean que ellos mismos son elegidos. En el v. 2a les dice que Dios Padre los eligió según su presciencia, es decir ya hace mucho tiempo (comp. 2.Ti. 1:9b). Dios tiene un plan sabio y amorosamente elaborado para su vida, que incluye su salvación y su destino. Aunque fueron expatriados y viven como forasteros en dispersión, siguen siendo los elegidos de Dios.

El Espíritu Santo de Dios quiere hacernos su pueblo santo. Ésta es nuestra vocación, nuestro destino. ¿Somos conscientes de nuestra dignidad a pesar de la debilidad humana? ¡Mira, que el Dios que creó el universo nos quiere como hijos suyos! (Lea Ro. 8:14-17; 1.Jn. 3:1.)



Día 2

1. Pedro 1:1,2; Efesios 1:3-5; 2. Timoteo 1:9

Elegido por amor

Es inimaginable: antes de que nada existiera en el tiempo, fuimos elegidos por Dios. Esto no significa que Dios haya hecho una elección de manera que: unos son elegidos, otros rechazados. Dice más bien que ninguno de nosotros puede contribuir o tener ventajas para ser elegido por Dios. Dios elige e invita por amor: “Y éste es el verdadero amor: no nosotros hemos amado a Dios, sino que Él nos amó primero a nosotros y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados” (1.Jn. 4:10 trad. libre). Esto puede asegurarnos nuevamente su amor, cuando lo dudamos frente a las necesidades y los golpes del destino incomprensibles.

Sin embargo, cada hombre es libre de aceptar o rechazar esta elección de Dios. Pedro experimentó que muchos le daban la espalda a Jesús porque era molesto e incomprensible para ellos: Jn. 6:60-71.

Pedro escribe a los expatriados (RV) y extranjeros (NVI) elegidos. Ser elegido por Dios tiene consecuencias. Seguimos viviendo en este mundo, pero ya no pertenecemos al mundo (Jn. 17:14-17). Como Jesús, vivimos en una relación amorosa y confiada con el Padre Celestial y deseamos hacer su voluntad.

Nuestro verdadero hogar es el hogar celestial, como dice en la canción de Mia Friesen (2020, traducido del Aleman):

“La eternidad es mi hogar. - La pusiste en mi corazón.

Incluso si voy a morir, lo sé - que mi alma vive para siempre.

Y esta esperanza me sostendrá, - hasta que estaré frente a ti.

Lo sé. Sólo estoy de visita, - porque la verdadera patria sólo la das tú.

Como ciudadano de tu reino celestial - estaré contigo para siempre.

Enfocando la eternidad - vivo por lo que permanece para siempre,

mi destino en mente, día tras día, - hasta que cumpliré la carrera.”



Día 3

1. Pedro 1:3,4,13; Mateo 22:2,3,8-14

La herencia celestial: ¿Quién es escogido?

Con un testamento, decidimos a quién escogemos como heredero y a quién no. Las relaciones personales desempeñan un papel importante en este asunto. También la herencia celestial tiene sus condiciones.

Pedro oyó a Jesús hablar del juicio de Dios en varias parábolas. “Muchos son los invitados, pero pocos los escogidos” (Mt. 22:14 NVI). Jesús es muy claro cuando se trata de quién tiene derecho a heredar: Lea Mateo 7:21.

Muchos fueron llamados a participar en el banquete de Dios. Vinieron y llenaron el salón de bodas. Pero uno de ellos no estaba vestido de boda y lo echaron fuera. A quien fue llamado, aún no se ha escogido. Hay que ponerse el vestido de boda. Los invitados lo recibieron ofrecido por el anfitrión.

Muchos son llamados a una iglesia y se dejan registrar. Pero sólo si creen en lo que significa el bautismo entran al reino de Dios. Todo es gracia, el don celestial inmerecido – la justicia que Jesús nos da, su redención y su salvación de la muerte. Sólo quien acepta esta gracia personalmente para sí y la lleva como un nuevo vestido de boda, es decir, que vive con Jesús y bajo su dominio, él pertenece a los escogidos y tiene derecho a heredar. Él participará en el glorioso futuro que Jesús nos ha abierto. (Lea Ap. 19:6-9.)

No se nos quita la responsabilidad personal de nuestro discipulado. Pedro lo señala una y otra vez. “Si Jesús es tuyo, tú has sido escogido; si Jesús no es tuyo, tú serás desechado; nadie puede ser escogido sino en Jesucristo... No se rompan la cabeza, sino entreguen a Él su corazón” (Samuel Hebich, 1803-1868, misionero en la India).

Podemos orar: “Señor Jesús, ¡aquí estoy! Tú me has redimido y has hecho todas las cosas para que yo esté contigo. No he respondido tu amor frente a tí y a los hombres. Perdóname por lo que no es bueno a tus ojos. Yo soy tuyo y tú eres mío. Amén.” (Lea Ro. 12:1,2.)



Día 4

1. Pedro 1:13-16

Llamados a una vida santa

Imagínese: Dios está junto a su cama por la mañana, le despierta, le mira con amor y le dice: “¡Buenos días, mi querido hijo; levántate y vive santo, porque tú sabes que yo soy santo, así que tú también lo debes ser!” ¿Qué le pasa por la cabeza? Tal vez exclama: “¡No puedo! ¡No quiero! ¡Es demasiado exigente! Tengo problemas muy diferentes ahora para ser santo”. Quizás dice: “Me encantaría, Dios, pero ¿cómo voy a hacer esto?”

Sabemos que sólo los que han nacido de nuevo pueden ser santos, sólo quien ha recibido la herencia de Dios, a través del nuevo nacimiento, es capaz también de un nuevo estilo de vida. Una persona santa no es rara, es diferente. Toda su vida tiene una cualidad diferente. Pertenece a Dios. Vive de su gracia, se deja guiar por su Espíritu Santo y tiene una nueva orientación.

No hay separación entre lo secular y lo sagrado: hoy soy mundano por unas horas mientras estoy con mis amigos, y después soy santo porque rezo y leo la Biblia o voy al culto. Al contrario: soy santo también cuando trabajo en la cocina, cambio pañales, limpio el polvo y vacío la basura, porque mi pertenencia a Dios no termina con el servicio en la iglesia, y su derecho a mi vida no se detiene delante de mi cuenta de ahorros. “Todo lo que digáis y todo lo que hagáis, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él” (Col. 3:17 NVI).

“Ahora bien, la vocación de todos los que están en la iglesia consiste en demostrar la santidad, dada a ellos, en su conducta. Nosotros guardamos nuestra santidad no haciendo nuestra propia voluntad, sino la voluntad de Dios” (Adolf Schlatter).



Día 5

1. Pedro 1:13-15; 1. Tesalonicenses 5:4-9

Santos vigilantes y sobrios

Pedro exhorta con insistencia: “Vivid de tal manera que estéis preparados para su venida” (1.P. 1:13b trad. libre). Esto incluye vigilancia y sobriedad. Tal vez Pedro tenía en mente otra parábola que Jesús les había contado: “Dichosos los siervos a quienes su señor encuentre pendientes de su llegada” (Lc. 12:37 NVI; lea Lc. 12:35-38).

La vigilancia en nuestra vida cristiana comienza en nuestras ideas y en nuestra mente. ¿A qué me dedico cuando me despierto? ¿Cual es mi primer pensamiento? ¿Las preocupaciones y los problemas? ¿Los placeres o los asuntos regulares, mi enfermedad y la falta de esperanza de recuperación? Algunas de estas cosas, como un tornado, pueden agitar nuestras mentes y atormentarnos; estas resultan destructivas y agotadoras. Pueden empujarnos sin descanso por el día, de un trabajo a otro o de una queja a otra.

Pero también podemos recordar una y otra vez: No me pertenezco a mí mismo. Pertenezco a mi Padre que está en el cielo. Me prometió que cuidaría de mí. La carga de mi día es también su carga, y su alegría debe ser mi alegría: “Porque el Señor, tu Dios, está contigo, poderoso Salvador, se gozará en ti y tendrá misericordia de ti, te perdonará en su amor y se alegrará por ti con júbilo” (Sof. 3:17 trad. libre).

Nuestros retos y necesidades no serán el final. Podemos alegrarnos de que Jesús regresará y pondrá fin a toda angustia.

Quien, en sus pensamientos, pone énfasis a lo realmente esencial vive más serenamente. La sobriedad y la prudencia son cualidades importantes para discernir la voluntad de Dios y no sucumbir a la confusión de las propias emociones y deseos como un borracho que ya no es dueño de sus sentidos. “Fiel es el que os llama, y Él os conducirá a la meta” (1.Ts. 5:24).



Día 6

1.Pedro 2:4-8; 1.Corintios 1:23,24

Una piedra escogida

Acuerdése del momento cuando estaba debajo de la cúpula de un edificio, mirando hacia arriba. En el punto central y mas alto, las pilastras arqueadas se encuentran en una pieza vinculante. Si se sacara ésta, toda la cúpula se derrumbaría. Es la principal piedra del angulo. Debe ser persistente y resistir la presión de todos lados. A veces es adornada con el emblema de su constructor. En una capilla o catedral cristiana, podemos encontrarla adornado con una imagen de Jesucristo, por ejemplo el cordero.

Dios escogió a Jesús y lo puso como la piedra angular (Is. 28:16), la cabeza del ángulo (Sal. 118:22) de su casa viviente la cual es la iglesia. Jesús es la piedra angular que mantiene unido todo el edificio espiritual de la comunidad cristiana mundial. Pedro enfatiza la piedra viva, porque Jesús ha vencido a la muerte y vive. Tiene un valor infinitamente precioso, que supera en mucho todas las riquezas terrenales, porque “el que confíe en ella no será jamás defraudado” (1.P. 2:6b NVI). Pero para los que no creen es “piedra de tropiezo” (v.8a).

Quien viene a Jesús y confía en Él se convierte en piedra viva en el edificio de Dios. Él inserta cada piedra en un lugar específico. Ninguna piedra busca su propio lugar, ni se amontona porque no le agrada la piedra vecina. “En Jesucristo todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor. En Cristo vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef. 2:21-22).

Pedro fue testigo de cómo su propio pueblo rechazó a Jesús como cabeza del angulo (Mt. 21:42-45), y le injurió y crucificó a su Mesías (Mt. 27:39-43). “Para el que confía plenamente en Jesucristo, Él es el valor supremo, lo mejor que puede obtener en la vida. ... Para todos los que rehusan la fe, que, a sabiendas y voluntariamente, dicen no a Jesús, Él se convierte en ‘piedra de tropiezo’; ellos caerán por Él” (Heiko Krimmer).

¿Qué valor atribuimos nosotros a Jesús? ¿Qué significa Él para nosotros? (Lea Lc. 9:35.)

Día 7

1.Pedro 2:5,9; Hebreos 13:15,16

Llamados al sacerdocio

En el Antiguo Testamento y en los tiempos de Jesús, los sacerdotes eran un grupo de profesionales designados para cumplir ciertas funciones (fijados en el libro de Levítico) en el templo en momentos determinados. Eran los entonces especialistas. Pedro, el pescador, seguramente nunca hubiera imaginado que, algún día, él sería escogido al ministerio sacerdotal de una manera completamente nueva.

“Quién pertenece a la casa de las piedras vivas no es solamente presente, sino que está puesto en servicio. ‘Santo’ significa... que los creyentes pertenecen enteramente a Dios y viven enteramente para Él. Ser inmundo y egoísta excluye de la casa espiritual” (Heiko Krimmer). Cada uno de los que pertenecen a Jesucristo es llamado al ministerio sacerdotal en toda su vida.

Los antiguos sacerdotes ofrecían a Dios en el templo simbólicamente la sangre de un animal, por la dedicación de la vida del creyente. Daban pruebas de alimentos por su agradecimiento. Ellos también permitían que un judío confesara su pecado, con la mano sobre la cabeza de un cordero luego de ser matado y su cadáver quemado fuera del templo, para señalar que el pecado fue expiado. Estas acciones se podían realizar exclusivamente en el templo de Jerusalén como el único acceso a la presencia del santo Dios.

Esos corderos sacrificados eran solamente símbolos para aquel que estaba por venir y sacrificarse a sí mismo: Jesucristo (He. 10:10; 1.P. 1:18,19). Por esto Él es llamado el Cordero de Dios y nuestro Sumo Sacerdote. Su templo es su cuerpo con todos los que creen en Él; y ellos también son los sacerdotes en este templo vivo. Así mismo podemos apoyarnos mutuamente en el arrepentimiento y el perdón de pecados, en el nombre de nuestro Redentor.

Además, nuestro ministerio sacerdotal incluye la adoración de Dios, la acción de gracias y la intercesión, tanto en oración como en práctica (lea He. 4:16). Jesús nos capacita para ser sus testigos con el trabajo cotidiano. “Por medio de la adoración de Dios, todo el trabajo, con el que la iglesia cuida de sus miembros y otros hombres, se convierte en servicio divino” (según Adolf Schlatter).

Día 8

1.Pedro 2:9,10; 1.Tesalonicenses 5:4-9

Llamados a su luz admirable

Si encendemos una llama de fuego en un ambiente completamente negro, éste se queda oscuro. Sólo si la luz toca a un objeto blanco que puede reflejarla, su entorno se ilumina. La luz necesita un reflector para irradiarse en el espacio.

Pedro escuchó la invitación de Jesús: “Yo soy la luz del mundo. El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12). Se dio cuenta entonces de que, sin Jesús, él era un errante.

Luego escuchó: “Vosotros sois la luz del mundo; ... No se enciende una luz y se pone debajo de una cama, sino sobre el candelero, y alumbrando a todos los que están en casa. Así alumbra vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:14-16)

No somos nosotros la fuente de la luz sino sus reflectores. Somos escogidos y nombrados a iluminar el mundo oscuro impío por la luz de Jesús. Ésto podemos hacer solamente si reaccionamos a la luz con claridad y no la oscurecemos (comp. Mt. 6:22,23).

Pedro en su carta subraya esta vocación real y sacerdotal, la dignidad y el privilegio que tenemos como los seguidores de Jesús. Con tal destino nunca somos perdedores, aunque hayamos perdido posesiones y prestigio en la sociedad y seamos marginados.

Así también Pablo nos puede animar: “Así que no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor ... Con el poder de Dios debes soportar sufrimiento por el evangelio. Pues Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, ...” (2.Ti. 1:8,9a). Es nuestro deber, transmitir las poderosas obras y beneficios de Dios, ya sea a través de nuestro testimonio personal, nuestra intercesión fortalecedora (Ef. 6:18,19), la difusión de buena literatura cristiana o el apoyo económico a las obras misioneras.

Toda nuestra vida debe ser una referencia gozosa y agradecida a Cristo: “Ahora sois luz en el Señor, porque su luz produce en vosotros toda bondad, justicia y verdad. Andad como hijos de luz, comprobando lo que es agradable al Señor.” (Ef. 5:8b-10 trad. libre).

Día 9

2.Pedro 1:3-10; Mateo 7:21-27

Llamados a vivir en profundo respeto hacia Dios

La segunda carta de Pedro es considerado por los intérpretes como el testamento de Pedro (2. P. 1:14,15). Pedro quiere despertarnos al ver la influencia de los falsos maestros en las iglesias. Quiere fortalecer la fe de los cristianos y mantener viva la esperanza de la segunda venida de Jesús. “Por lo cual, amados hermanos, esforzaos en hacer lo que Dios os ha llamado y escogido, para que no os apartéis del camino recto, y se os abrirá de par en par las puertas del reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2.P. 1:10,11 trad. libre).

Estamos agradecidos por los dones de Dios en nuestras vidas, por su cuidado y protección. Pero la Palabra de Dios siempre contiene ambas cosas: el “consuelo y la exigencia de Dios. La nueva vida sólo se desarrolla cuando también escuchamos y atendemos la demanda de Dios a nuestra reacción.

Como Pedro, somos hijos de Dios y también siervos suyos: “Servid al Señor con alegría” (Sal. 100:2a). No lo conseguiremos por nuestras propias fuerzas, ni se supone ésto. Es el Espíritu Santo quien nos capacita, fortalece y guía: “Y yo le pediré al Padre, y Él les dará otro Consolador para que los acompañe siempre: el Espíritu de verdad” (Jn. 14:16,17a, NVI). El nos hace conscientes de nuestra identidad:

*Eres hijo del Rey y niño real y
santo es tu destino.
Digno eternamente serás,
pues el Rey es quién mora en tí.
Te ha escogido, diseñado amor,
desde su corazón su preciosa labor.
Te dio la vida; ¡bienvenido aquí!
Te dio tu destino y te dice el sí.
Ya te ves herido, mas curado serás.
Tus heridas son tuyas. Te otorga su paz.
En sus buenas manos te da vino y pan,
desempeñas tu vida, es de Él tu afán.*

Día 10

2. Pedro 1:3,4

Dones para amar

Con Jesús hemos recibido dones mas valiosas que las riquezas terrenales. Con Él tenemos una vida plena y significativa que será perfecta en la eternidad. Entonces nuestros anhelos se saciarán para siempre. Pero ya en el presente en este mundo alimentamos nuestra vida por la plenitud de Cristo :

“Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo; y en Él, que es la cabeza de todo poder y autoridad, ustedes participan en esta plenitud” (Col. 2:9-10).

Jesús nos avisa entrar en el reino de los cielos como un niño (Mt. 18:3,4). Humildemente, el niño acepta el cuidado y la educación cariñosa para llegar a ser un adulto valiente. Como creyentes, hemos recibido “las preciosas y grandísimas promesas” (2.P. 1:4a), que nos permiten cultivar en nosotros el carácter de Dios.

Esto no sucede automáticamente, como tampoco un niño puede convertirse en un adulto maduro sin su propia participación. La madurez espiritual se alcanza por la permanente comunión amorosa y obediente con Jesús: “Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor ” (1.Co. 1:9). ¿Hay algo más hermoso que, “mano a mano” con Jesús, llevar a cabo las tareas de nuestra vida? Él es el mejor consejero, el Príncipe de la paz (Is. 9:6) y el amor en persona (1.Jn. 4:7,8).

“Permeneced en mi” dice Jesús, como las ramas se quedan en la vid, absorbiendo su jugo para llevar fruto (Jn. 15:4,5). “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor (v.9). El privilegio y el poder de los santos es que llevan todos sus acciones, hasta las más pequeñas, al amor divino. “Todas vuestras cosas sean hechas con amor” (1.Co. 16:14).



Día 11

2.Pedro 1:3-7; Filípenses 2:12-14

Un programa de entrenamiento espiritual

Pedro invita a sus lectores a un programa de entrenamiento espiritual para consolidar su vocación. Él mismo ha experimentado un cambio tras otro desde Pentecostés. El Espíritu Santo le convirtió en una “roca” para las comunidades. Vivió lo que Jesús le había llamado a hacer.

En nuestra fe y en nuestra vida práctica con Jesucristo, los demás reconocen los rasgos de Dios, su virtud y su fuerza. Cuanto más permitimos que el Espíritu de Dios nos caracterice por su palabra y obre en nosotros, tanto más lo reconocemos y crecemos en la familiaridad con Él. El gozo en Él se convierte en nuestra fuerza (Neh. 8:10b). “Como amantes amados, percibimos entonces las obras de Dios y sus rasgos característicos” (Martin Holland).

Pero hay un obstáculo en contra de nuestra felicidad, que hay que superar: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu ... para que no hagáis lo que quisierais” (Ga. 5:16,17). Si en nuestra mente espiritual nos alejamos del amor de Dios y desconfiamos de Él, nuestra mente física nos sugiere alternativas para satisfacernos. Si las seguimos caemos en el pecado como en una trampa. Y entonces el diablo se puede apoderar de nosotros (1.P. 5:8).

Para mantener la fe y permanecer en Cristo, Pedro nos recomienda entrenar ciertas virtudes espirituales. Una de ellas es el dominio propio incluso la abstinencia.”Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna” (1.Co. 6:12).

Cada uno tiene diferentes campos de práctica para este entrenamiento que no lleva a la perfección de la noche a la mañana. Algunos son una tentación por toda la vida. ¡El fracaso es parte del programa de entrenamiento, pero nunca te rindas!



Día 12

2.Pedro 1:6-8; Job 28:28; Proverbios 16:32

Un programa de entrenamiento espiritual (v.6): paciencia y devoción a Dios

La paciencia (RV) y la constancia (NVI) son cualidades importantes para nuestra vida como creyentes. Paciencia con nosotros mismos y paciencia con los demás. Brota del autodomínio y madura por el deseo de comprender al otro. Madura sobre todo si aguantamos situaciones difíciles, como largos períodos de enfermedad, problemas aparentemente irresolubles y necesidades sin propia culpa.

Mucho de lo que sucede en nuestras vidas o en el mundo no lo podemos explicar o entender. Entonces es muy difícil perseverar. ¿Cómo aguantar situaciones que no tienen sentido? Quien no abandona a Dios en tales etapas de la vida, madura en la piedad (v.6 RV), la devoción a Dios (NVI) y en el amor por Él.

“¡Oh profundidad de... la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! ... Porque todas las cosas proceden de Dios, y existen por Él y para Él. ¡A Él sea la gloria por siempre! Amén” (Ro. 11:33 RV,36 NVI).

Si Dios es el Dios de mi vida, entonces reconozco su santidad y su soberanía (He. 12:28,29). Acepto que sus caminos y sus pensamientos son más altos que los míos (Is. 55:8,9). Dios siempre reúne ambas características: es inaccesible e infinitamente cercano, es extraño y al mismo tiempo muy familiar, es incomprensible en sus juicios y patentemente misericordioso. “Porque así ha mostrado Dios su amor al mundo: ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16 trad. libre).

Pedimos, frente a los desafíos de este día, paciencia y perseverancia; y no nos desanimemos: se pueden aumentar por la gracia de Dios.



Día 13

2. Pedro 1:7-10

Un programa de entrenamiento espiritual: amor a Dios y amor fraternal

“Cuanto más pobre era nuestro amor fraternal, tanto menos habíamos confiado en el amor y la misericordia de Dios” (Dietrich Bonhoeffer). Sabemos, por la primera carta de Juan, que uno no puede prescindir del otro: 1.Jn. 4:7-11. El amor de Dios y el amor a los hermanos cristianos son inseparables.

Precisamente en el caso de que los creyentes se hayan ofendido unos a otros, el amor se acredita por la fuerza del perdón, por la paciencia y la perseverancia. Pedro tuvo que aprender que el amor fraternal se basa en el amor de Dios por nosotros, y que el amor que perdona no tiene límites (Mt. 18:21-35).

El ejercicio del amor entre hermanos se extiende al amor a todos los hombres. Nos importa que la gente no se pierda. El Espíritu de Dios nos impulsa a querer ganarlos para Dios.

“Todo lo que hacemos, lo hacemos porque el amor de Cristo nos impulsa. Porque creemos que Cristo murió por todos, también creemos que nuestra antigua vida, la cual teníamos en otro tiempo, ha pasado. Él murió por todos, para que los que reciben su nueva vida, ya no vivan para sí, sino que vivan para Cristo, quien murió y resucitó por ellos” (2.Co. 5:14-15 trad. libre).

Por este camino de cualidades divinas debemos avanzar, las cuales son la fe, el conocimiento de Dios, el dominio propio, la paciencia, la devoción a Dios, el amor a Dios, el afecto fraternal al creyente y a todos los hombres. Entonces nuestro ser cristiano no permanecerá inútil e improductivo. ¡Para eso estamos llamados! Para eso fuimos escogidos.

Una hermana joven lo experimentó en su vida cotidiana. Durante una discusión con una compañera de trabajo, renunció a su justificación y a reaccionar violentamente. Permaneció tranquila, oró en su corazón, perdonó y bendijo en silencio a la persona. Esto evitó que la situación se agrave y la mantuvo en paz. La compañera se disculpó al día siguiente.

Señor, haz de nosotros mensajeros de alegría y de paz en este día.

